

La fuerza de gravedad: Comentario a “No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después” de Benjamín Ballester.

Luis Cornejo⁸

Leer a Benjamin Ballester, me ha traído una sensación casi olvidada, de la misma manera que el aroma de los cardenales me lleva a las calles de Barrancas, una antigua comuna de Santiago donde pase mi adolescencia “pateando piedras”. Es el encanto de una época donde el tiempo no existía y, tal vez por eso, nos sentábamos frente a la máquina de escribir (noten la referencia cronoartefactual) para avivar una pequeña hoguera que habíamos prendido a principio de los ‘80 con las Jornadas de Arqueología y Ciencia (*Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983; Gallardo *et al.* 1987). El ensayo de Ballester destaca, no obstante, por no ser una especie de crónica de una época romántica para sus protagonistas, sino que más bien por retomar una discusión que por esencia siempre será una obra inconclusa; una obra que siempre requerirá de nuevos escultores.

Entremos en materia. En síntesis, luego de definir los términos del debate original y contraponer los argumentos de los que participamos en él, Ballester decide posicionarse señalando que el estudio de la Sociedad, que de acuerdo a su punto de vista sería el objeto de estudio de la Arqueología, decididamente no requiere fronteras y aboga por “...la posibilidad de una completa transdisciplinarietà.” (Ballester 2016:103). Su argumentación, tejida con el mejor oficio está contaminada, sin embargo, con la misma idea de algunos positivistas ortodoxos junto a los cuales dudo que Ballester quisiera ser acomodado: el quehacer científico es independiente de la realidad social que se desarrolla. Así pareciera que para Ballester “...la lucha de intereses y cargos en las decisiones políticas de las ciencias...” no guarda ninguna relación ni condiciona la “...generación de conocimiento acerca de la sociedad.” (Ballester 2016:103).

Obviamente yo no puedo estar más en desacuerdo con dicha idea, ya que me parece que, como cualquier práctica social, la arqueología se crea y recrea dentro de un campo social (sensu Bourdieu 1997), en el cual siempre habrá una disputa por transformarlo o conservarlo. Más aún, ninguna persona, puede pretender que es capaz de posicionarse fuera del juego y no creer que el juego vale la pena jugarlo, usando la metáfora que el mismo Bourdieu propone (1997). De esta manera, factores que Ballester mira con cierto desdén, tales como “ordenan los campos disciplinares para el reparto de fondos concursables...la toma de decisiones especializadas... y asumir cargos administrativos o posiciones de status académico...” (2016:99), de hecho fueron los componentes del juego social en que tuvieron que participar los arqueólogos en las décadas pasadas para construir la actual posición de nuestra disciplina, transformándola desde la preocupación individual de nuestros pioneros que se reunían en San Pedro de Atacama en 1963, a una posición que es reconocida socialmente y que requerirá que en el futuro sigamos jugando en el mismo juego.

De esta manera sigo pensando, ahora no hablando sólo desde la intuición, que en los años 80s era mejor defender la frágil frontera que permitía a la Arqueología consolidarse como una práctica social reconocida y que puede entregar conocimiento relevante sobre aquellas sociedades que hoy no existen (Cornejo 1986:10), comenzando, por ejemplo, a ganar fondos públicos para la investigación o a ser una voz cada vez más relevante en el naciente campo patrimonial.

8 Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado. lcornejo@uahurtado.cl

Hoy, 30 años después, cuando nuestra posición dentro del campo social de la Ciencia creo que ya se ha afianzado, sigo creyendo que la relevancia social mayor de la práctica arqueológica está en el mismo objeto de estudio, sociedades pretéritas, cuya residencia está dentro del afán Antropológico entendido en el más amplio sentido. Esta frontera ciertamente no está en el ámbito intelectual del estudio de la sociedad, sino que radica en la realidad concreta de la vida social donde los arqueólogos debemos desenvolvernó en el día a día.

Lo anterior no quiere decir que la habilidad que la arqueología ha desarrollado para estudiar la cultura material, no sea útil para producir conocimiento relevante sobre sociedades del presente, cuestión que arqueólogos como W. Rathje y G. Harrison vienen haciendo desde la década de los 70s (p.e. Harrison *et al.* 1975, 1983; Rathje 1974, 1996; Rathje y Ho 1987 o Shanks *et al.* 2004) y que hoy en Chile, Nuevo Delaunay y Letelier (2015) han comenzado a explorar. Sin embargo, no me parece que los cuerpos teóricos desarrollados por la arqueología para extraer información desde la cultura material ni los métodos que ha aplicado sean los que definan la disciplina. De hecho, sería deseable que otros especialistas, especialmente los antropólogos sociales, sociólogos o historiadores, vieran en estos ejemplos el potencial que tiene la cultura material para complejizar su acercamiento a la realidad social.

De esta manera sigo creyendo que la disciplina arqueológica es una práctica que mantiene su relevancia social y su posicionamiento dentro del campo de las ciencias al girar en torno a lo que su nombre propio señala (ἀρχαίος – λόγος / arqueo – logía) y que, sin duda, seguiremos discutiendo sobre lo que esto realmente significa (p.e. Cornejo 2010).

Sentir que nada es igual, pero que todo es lo mismo: De lo sólido a lo líquido en la arqueología chilena

José Berenguer⁹

Dos peces jóvenes nadan juntos. De repente se encuentran con un pez viejo que va en dirección contraria. Los saluda y les dice: ‘Hola chicos, ¿cómo está el agua?’. Los dos peces jóvenes siguen nadando un rato hasta que uno mira al otro y le dice: ‘¿Qué diablos es el agua?’ — Discurso de David Foster Wallace en la ceremonia de graduación del Kenyon College, 2005

Interesante el ejercicio al que me invita el Editor de esta revista: comentar el artículo “No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después”, de Benjamín Ballester Riesco, donde este hace un balance con ojos de hoy de un debate arqueológico verificado en 1986, con pretexto de un pequeño ensayo mío publicado en esta misma revista, que comprimí de otro más voluminoso que había publicado en otra parte tres años antes. Es la suya la mirada despierta, fresca y desenvuelta

9 Museo Chileno de Arte Precolombino, Bandera 361, Santiago. E-mail: jberenguer@museoprecolombino.cl